

Índice

9-20	1
21-24	2
25-30	3
31-34	4
35-37	5
39-46	6
47-51	7
53-63	8
65-71	9
73-82	10
83-85	11
87-99	12
101-102	13
103-114	14
115-126	15
127-132	16
133-139	17
141-143	EPÍLOGO

Poitiers, 22 de diciembre de 2001

Estimado señor,

Siguiendo las indicaciones de mi amigo, Monsieur Poton, me dirijo a usted por el siguiente motivo: mientras recogíamos la cosas de mi suegra, tras su fallecimiento, hallamos la copia mecanografiada de una novela histórica sobre la Guerra Civil de la que no tengo más referencia que esta: «Andreu Martí, Los Sátrapas en Occidente (el título original, tachado por el autor, era Satrapía en Occidente). El documento se presenta en dos volúmenes, está dedicado a la memoria de los soldados de la Brigada 139 que cayeron en las estribaciones del Río Guadalupe y habría sido remitido por el autor a mi suegro, un pastor protestante que hizo muchos amigos entre los republicanos españoles durante el tiempo que desempeñó su labor en las parroquias reformadas de Oullins y de Dieulefit, en los años 50 (muy probablemente, alrededor de 1958). Todo apunta a que el autor deseaba que mi suegro encontrara un traductor y un editor con el fin de que su novela resultara publicada en francés, algo que jamás sucedió. No sé si se ha publicado en español.

Y todo apunta también a que mi suegro se lamentó siempre de no haber podido dar con el traductor y el editor que le habían pedido. Si el asunto fuera de su interés, con mucho gusto le haría llegar un documento que, a buen seguro, le será de mucha más utilidad que a nosotros.

Confianto en que podamos tener el placer de conocernos personalmente, le remito el más cordial de los saludos,

René Roy

P.S. Hacia el final de la novela, en la página 505, se incluye la firma manuscrita del autor con indicación de lugar y fecha «Valencia, 1957, Hostalrich (Gerona), 1958».

Estoy en mi despacho de la Université de Poitiers, donde ejerzo como profesor-investigador desde hace poco más de un año, y esta carta me deja estupefacto¹. Cualquier otro historiador hubiera celebrado este golpe de suerte: un manuscrito encontrado por azar, un relato sobre la Guerra Civil y el exilio. Uno más.

Pero no me interesa. Además, no me gusta que un tema me venga impuesto. Millones de páginas atestan los depósitos de los archivos a la espera de ser leídas y su ruego no me afecta en lo más mínimo, pues no voy a los archivos si no es pertrechado con mis propias preguntas. No estoy seguro de que un texto exista por sí mismo antes de que haya sido leído. Este permanece virgen. Es letra muerta. Que así se quede.

Para colmo, la Guerra Civil, ¡qué pesadez! Puños en alto, petaladas al paso de los brigadistas por La Rambla de Barcelona, eslóganes definitivos que proclaman un mañana que nunca llegará; todo un revoltijo de mitos trasnochados, en fin, que atormenta a la mala conciencia francesa y a las izquierdas europeas desde hace más de setenta años y que, en principio, no va conmigo. Y, siendo mucho más joven, no obstante, había quedado obnubilado por las luces de toda esta mitología. De otra parte, recién desembarcado en España, ¿qué conocía yo de la historia de ese país en el momento de definir mi tema de tesis más que la historia de la Guerra Civil? Y, aún ello, pésimamente... ¿Acaso no había sucedido nada más en dos siglos de Historia contemporánea? ¿Acaso pensaba, ni por un solo instante, en sumergirme en la aterradora noche del Franquismo? ¡Desde luego que no! La Guerra Civil sí que hacía vibrar mi sentido de la aventura y mi conciencia política. Igual que mi amigo François Godicheau, me pregunto hoy si aún es posible escribir la historia de un acontecimiento tan saturado y, por ende, tan poco renovado; pese a la abundante cosecha historiográfica.

Y, sin embargo, he alcanzado la madurez en contacto permanente con España. Mis ardores de juventud y mi ansia de heroísmo se han apagado. El encuentro con el país fue casual: no tengo orígenes españoles, ni un apego particular por el castellano, al margen de unas vacaciones en la década de 1970 y una excursión escolar de tercero que me dejó un resabio amargo. Arribé tan solo unas semanas después del intento de golpe de Estado del teniente-coro-

¹ Este trabajo recoge, ampliándolas, algunas de las ideas expuestas en: Stéphane Michonneau, "Le document comme trace ou la trace du document", *Communications*, 79, 2006, pp. 46-61. Existe también una versión en inglés: "The Document as Trace, or the Trace of the Document", en Colman Hogan, Marta Marín Dòmine (dir), *The Camp. Narratives of Internment and Exclusion*, Cambridge, Cambridge Scholars Publishing, 2007, pp. 270-297.

nel Tejero y no hacía más que ver militares por todo Madrid. Mi familia de acogida, una pareja de obreros del Sur de la capital, originaria de la Mancha, se lamentaba continuamente por la muerte de Franco, al tiempo que me mostraba las portadas de las revistas. Al día siguiente de mi llegada, me condujeron al Valle de los Caídos y, allí, me pidieron que les sacara una foto junto a la tumba, prietas las filas y con el brazo en alto. Completamente atónito, creía estar con unos locos. La presencia incongruente de un pasado fascista que era más propio de la época de mis abuelos me chocaba profundamente. Desde entonces, no me gusta Madrid.

Sea como fuere, descubrí otros tesoros inesperados, una verdadera *terra incognita* tal esa historia del siglo XIX español a la que dediqué unas primeras investigaciones que se detenían, justamente, en la Guerra Civil. En esos años de trabajo en los archivos, llegué al convencimiento de que no todo desembocaba en la contienda de 1936 y que no todo derivaba de ella. Ya hubo otras guerras civiles antes, como la de 1833-1839, o la de 1872-1876; menos espectaculares tal vez, y, desde luego, menos espectacularizadas. Hoy, los historiadores tienden a inscribir la contienda de la década de 1930 en una cronología más extensa, a diluir el acontecimiento dentro de problemáticas más amplias; como la de la fragilidad del Estado, que es una de las claves del «guerracivilismo» imperante. Por si ello fuera poco, el hecho mismo de la Guerra Civil se escapa cuando crees asirlo: ¿quién podría decir, exactamente, cuándo se termina la guerra? ¿El 1 de abril de 1939? ¿Qué se hace entonces con los centenares de miles de víctimas encarceladas, torturadas o ejecutadas en la década de 1940? ¿Debemos contabilizarlas siguiendo la lógica costes/beneficios? ¿La guerra no se habría terminado, entonces, hasta que el dictador no muriera tranquilamente en su cama, el 20 de noviembre de 1975? ¿Y qué decir de la sombra que la guerra proyecta y que no cesa de atormentar al país más de ochenta años después de los hechos? Todas estas razones, buenas o malas, me impulsan a evitar la Guerra Civil, esa especie de agujero negro que todo lo devora.

Dejo a un lado el mensaje de René Roy. Ya veremos más adelante, pero lo cierto es que no sé qué contestar.

1 de marzo de 2002

Estimado señor,

Mi marido le escribió hace dos meses, poniendo a su disposición un manuscrito referido a la Guerra Civil que había sido confiado a mi padre cuando era pastor en el [departamento del] Drôme. Más tarde, por medio de Monsieur Poton, tuvimos noticia de que usted no se encontraba en Poitiers.

Mi marido no le ha dado muchos detalles sobre la obra, así que me permito hacerlo. El autor, Andreu Martí, cambió el título original de «Satrapía en Occidente» por el de «Los Sátrapas en Occidente» y dedicó su novela a la memoria de los catalanes de la Brigada 139 caídos en las estribaciones del río Guadalupe.

Se trata de un manuscrito en dos tomos. Un primero de 330 páginas y un segundo de 175; lo que hace un total de 505 páginas, mecanografiadas a la antigua usanza. Fue escrito entre Valencia (1957) y Hostalrich (1958). Los dos tomos van firmados. Cada uno de ellos está compuesto por fascículos ensamblados, con tapas de cartón cosidas.

No sé si el autor fue a ver a mi padre con la esperanza de que este pudiera publicarlo. Más bien, tengo la impresión de que le fue remitido por otro combatiente español, Antonio Ramos, a quien mi padre ayudó cuando estuvo de pastor en Lyon y que consiguió marchar hasta Brasil, donde pudo ejercer su labor como ingeniero. El manuscrito llegó a Dieulefit, en el [departamento del] Drôme, donde mi padre se encontraba desde 1958, entregado seguramente por Antonio Ramos o por su mujer, Pilar Moll, una vez retornados de Brasil.

Mi padre no sabía español, si bien tenía unos primos por línea directa que eran descendientes del pastor protestante Blanco, que fue encarcelado por mor de su confesión. Todos ellos eran republicanos, evidentemente. En 1940, mi padre se encontraba en Ardèche. Habíamos alojado en la casa parroquial de Pouzin al señor Pertusa, que había sido ministro de Instrucción Pública de la España republicana, y a su mujer, doña Rita Cruz della Grande de Pertusa. Estuvieron solo unos meses con nosotros. Después, se ofreció el regreso al señor Pertusa; y, pese a las advertencias de mi padre, quiso volver a España. Su mujer nos escribió comunicándonos que había sido fusilado en la frontera. Había creído que, a través de los puestos de montaña, podría pasar con seguridad –cosa que no sucedió. Por entonces, yo tenía diez años y no me queda más que el recuerdo de un hombre sumamente afable y tímido.

Volviendo al manuscrito, no sabemos si fue publicado, ni tampoco si podría resultar de alguna utilidad.

Si fuera de su interés, nosotros se lo entregaríamos con mucho gusto. Podemos llevárselo a la facultad en el horario que más le convenga. Estaremos unos días fuera, sin embargo.

Reciba el más cordial de los saludos.

Arlette Roy

¡Ah, sí! Casi lo había olvidado. Y no es que esté muy orgulloso. Me siento como atrapado en una ratonera por esta carta que es un apremio sin disimulos [Fig. 1]. He hablado de ello con François Godicheau y me ha parecido tentado. Podría pasarle el tema. Él sabría qué hacer y cómo estudiarlo; definitivamente, sería lo mejor. La Guerra Civil es todo un sacerdocio: miles de páginas, centenares de testimonios distintos, problemas de una complejidad extrema que exigen gran precisión terminológica. ¿No se dice acaso que sobre la Guerra Civil existen tantos libros como sobre la Segunda Guerra Mundial? Después de muchos años, y a fuerza de lecturas, François se ha convertido en un gran conocedor de esos hechos. Pero se encuentra en plena tesis, una investigación sobre la represión y el orden público en la zona republicana. Los dos trabajamos sobre una misma zona geográfica: Cataluña y, particularmente, Barcelona.

Arlette Roy
 9 allée des Champs Batais
 86000 Poitiers
 tel 05 49 46 20 15

le 1er Mars 2002

Rouneiu.

El ya deux ans un mari nos a écrit
 pilténait à vote des portine un manuscrit,
 traitant de la femme d'Esoppe, qui avait été
 empié à un jeu plus partem dans la drôme
 Depuis uns ans après par la Polme se nos
 chez absent de Poitiers.

Rou mari ne nos a donné se jeu de détails
 sur cet ouvrage. Je empié le druc ces données.
 L'auteur Andreu Marti a d'alnd donné un
 tite "Satrapia en Occidente" pila empié en
 "Los Satrapas en Occidente". El a dédié
 sa "novela" à la mémoire des Catalans de
 la Brigade 139 trumbis sur rives du rio
 Guadalupe.

Le manuscrit est en deux tomes. Le premier de
 330 pages, le second ^(de 175 pp) aboutissant à 505 pages
 au total, de escriptura à l'ancienne.
 El a été écrit entre Valence (1957) et
 Hostalrich (Leione) en 1958. Les deux tomes

Fig. 1. Carta de Arlette Roy, 1 de marzo de 2002.

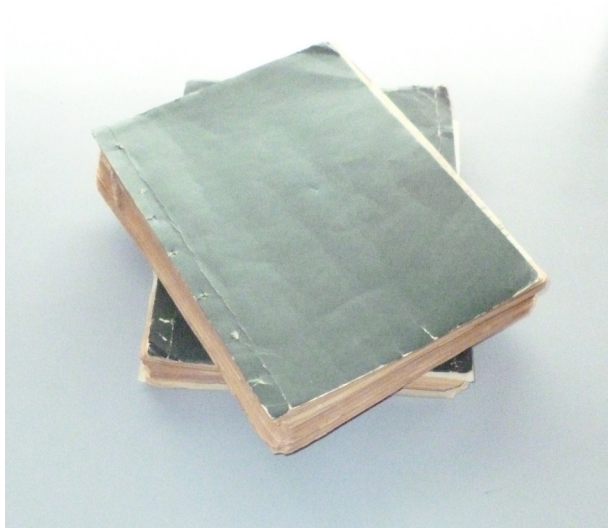
Tuve un flechazo con Barcelona: un auténtico salvavidas para mí. Tenía veinticuatro años la primera vez que fui. Por entonces, estaba buscando un tema de tesis y, muy pronto, un profesor salmantino me recomendó la ciudad. Completamente desorientado en lo personal, en Barcelona pude hallar el refugio que necesitaba para madurar. Me empapé de ella durante ocho años y viví una época muy hermosa. Aprendí a conocer a los barceloneses, tan ariscos por momentos, y me sumergí en su historia con deleite. Recorrí la ciudad de un extremo a otro, con una permanente sensación de *déjà-vu* que apenas puedo explicarme. Estudiaba las políticas de memoria desde finales del siglo XIX hasta la Guerra Civil, a saber, las políticas conmemorativas que conformaron las identidades políticas en conflicto dentro de la ciudad: monumentos conmemorativos y nombres de calles que habían contado a los barceloneses una historia referida a la nación. Me interesaba cómo habían evolucionado todas estas tensiones contradictorias y también los problemas políticos inextricablemente unidos a ellas. Y, asimismo, la sociedad de memoria que se fue tejiendo con el transcurrir del tiempo y que hablaba del pasado en nombre de la comunidad: estudié sus actores, sus estrategias, sus ritos, sus proyecciones en el espacio, etc. La memoria, concebida prioritariamente como utilización política del pasado, se constituía en el núcleo mismo de mi tema. Aún más, me sentía heredero de la escuela historiográfica que fundara Pierre Nora; una escuela gracias a la que la arqueología de las memorias nacionales había tomado un cariz apasionante e innovador y cuyos límites yo no era capaz de ver por entonces. De esta forma, hacía mía la idea de que memoria e historia se enfrentaban en una lucha sin cuartel en la que lo que estaba en juego era la verdad: de un lado, teníamos una memoria falaz y despótica que recomponía el hilo del tiempo merced al homenaje a los ancestros y la transmisión a las generaciones futuras; de otro, una historia crítica y mesurada que denunciaba las mitologías nacionales en su intento de conocer el pasado. Tal era el fundamento de una empresa modesta, la mía, que había exportado más allá de los Pirineos.

El hecho de que la historia del manuscrito de Poitiers se desarrolle en Cataluña no me desagrada lo más mínimo. Después de todo, sería una nueva forma de viajar a ese lugar que tanto quiero y que, desde tantos puntos de vista, me había transformado; e, incluso, desconcertado. La carta de Arlette Roy hace que me sienta culpable, pues de entre sus líneas emergen individuos que sufren y que llaman a la compasión. Creo que, movido por este sentimiento, telefoneo a los Roy para fijar una cita. No se tratará más que de una visita, simple cortesía o curiosidad; después, seguiré con mis asuntos. Vamos a encontrarnos en su casa, a las afueras de Poitiers, alrededor de un café.

Arlette Roy me abre la puerta de un elegante chalet de la década de 1970. Se trata de una mujer extrovertida y dinámica, mientras que el hombre se muestra más reservado. Reconozco el tono gentil, pero insistente, que dejaba traslucir su carta y no alcanzo a comprender por qué el primer mensaje había sido escrito por su marido. Nos aguardan café y pastelillos y, junto a los platos, dos volúmenes en verde inglés cosidos a mano [Fig. 2 y 3]. Arlette comienza su explicación y yo me pongo a tomar notas. Me habla de su padre durante un buen rato, de los escritos que dejó, y también de toda esa rama española de su familia que había hecho proselitismo de la Reforma en España. Todas estas informaciones se entremezclan y no sé si acabo de entenderla: Arlette evoca a los Pertusa, y también a los Ramos, de quienes piensa depositaron el manuscrito en casa de su padre. Con todo, el vínculo de esta gente con el manuscrito no ha podido ser verificado. No son más que retazos (y es que la mujer tenía diez años en aquella época) y los dos volúmenes permanecen envueltos en el misterio. El pastor Brémond, su padre, llegó al [departamento del] Drôme en 1958. El manuscrito está datado en 1957-1958. ¿Quién lo escribió? ¿Cómo llegó a Francia? ¿Quién lo trajo?

Arlette Roy es absolutamente incapaz de responder a este enigma y no insiste más que en el hecho de que su padre quería ver estas páginas publicadas. Por eso no ha tirado un manuscrito tan engorroso y ha procurado entregárselo a alguien. Y por eso ha hablado con un amigo suyo que está en la Université de Poitiers, que ha sido quien le ha indicado mi nombre. También parece haber sido llevada por esa opinión de los tiempos que afirma que todo documento del pasado ha de ser conservado y guardado, aun en el caso de que no revista demasiado interés. Percibo, asimismo, que quiere rendir tributo a la memoria de su padre y eso me añade una carga suplementaria. Perteneciendo a una familia de izquierdas, esta mujer se muestra afectada por la mitología de la Guerra Civil: su familia española —me precisa— era republicana. Existe en ella un gran respeto hacia quienes resistieron a la opresión política, una disposición a escuchar la palabra del vencido que le viene de su padre y, más allá, del imaginario protestante. De ahí que nuestra conversación derive muy rápidamente hacia las desventuras de esos ancestros españoles que fueron perseguidos por los rigores de la Iglesia.

Observo atentamente el manuscrito: la presentación de la página del título, de un gris verdoso, imita la de las obras ya publicadas, lo que dice mucho de la intención de su autor. Lleva un nombre, Andreu Martí, un título tachado; y, luego, otro a lápiz, un copyright escrito a mano y la especificación del género literario «novela histórica». Este último detalle me intriga: no se trata de unas memorias, ni de un diario de la guerra; sino de un relato de ficción, lo que hace que su tratamiento por parte del historiador resulte aún más delicado.



Figs. 2 y 3. El manuscrito de *Los Sátrapas en Occidente*, 2 vols.

Los dos volúmenes hacen un total de 505 páginas. El cuidado puesto en la ensambladura de los pliegos resulta conmovedor; todo un trabajo de artesanía, elaborado con mucha paciencia. Se trata de un *quasi*-libro que no ha alcanzado su meta: la novela, probablemente inédita, estuvo arrumbada en un desván y aparece ahora de manera insospechada. Desde el momento en que me enfrento a este manuscrito recuperado, me siento como atrapado por el cliché literario

que Cervantes, y tantos otros después que él, explotara con talento. Tras su letargo, la simple venida a la luz es una suerte de interpelación, un grito que no puedo desatender. ¿Cómo resistirse a abrir una botella lanzada al mar después de tanto tiempo? Y no es la curiosidad lo que me impulsa a llevar la novela conmigo, sino el respeto que siento por las andanzas de un manuscrito que espera ser leído o ser devorado por los ratones.

Voy en el autobús que me devuelve al centro de Poitiers y tengo sobre mis rodillas sesenta años de olvido en su irreductible materialidad. Examino el original inmediatamente: escudriño la firma manuscrita y busco un índice en vano. La cosa parece llevar a un ensayo tedioso y concluyente: no acabo de entender qué tienen que ver esos tiranos de Oriente que fueron los sátrapas con la España de la Guerra Civil y, aún menos, el matiz que parece quedar contenido en la tachadura de «Satrapía de Occidente» y el posterior «Los Sátrapas en Occidente». El término apenas si ha sido utilizado en castellano hasta fecha muy reciente, aunque puede encontrarse un uso más frecuente en América Latina. La dedicatoria de la página de guarda a los compañeros de la Brigada 139 remite al frente del Ebro, a la última batalla decisiva antes de que los nacionales ocuparan el nordeste de la Península. Recuerdos, en fin, del verano de 1938 y de la legendaria contienda que precedió a la derrota final [Fig. 4 y 5].

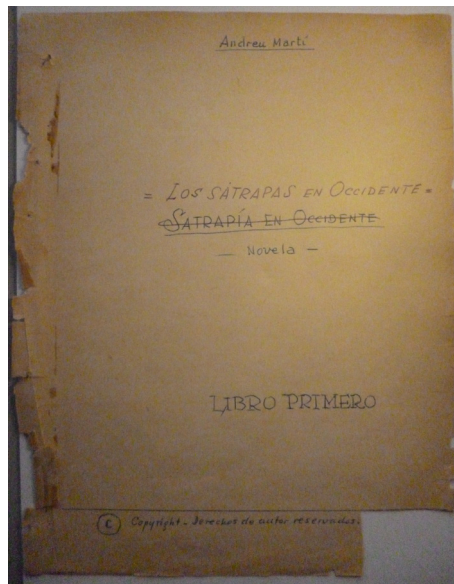


Fig. 4. Página de guarda.

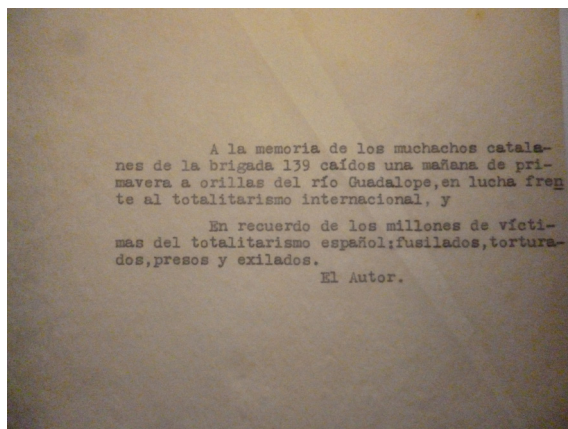


Fig. 5. Dedicatoria.

El texto mecanografiado, ceñido y exacto, no indica precipitación. No se trata de una escritura de la urgencia, de una escritura bajo las bombas; sino de una escritura cuidada y firme, se diría que implacable. Pareciera que el autor hubiera pergeñado en su cabeza la totalidad del relato antes de volcarla sobre el papel, que fuera el resultado de un largo rumiar. Y es que, en efecto, en la última página de la novela, debajo de la firma, puedo leer: «Valencia, 1957. Hostalrich (Gerona), 1958» —es decir, veinte años después de la batalla del Ebro [Fig. 6].

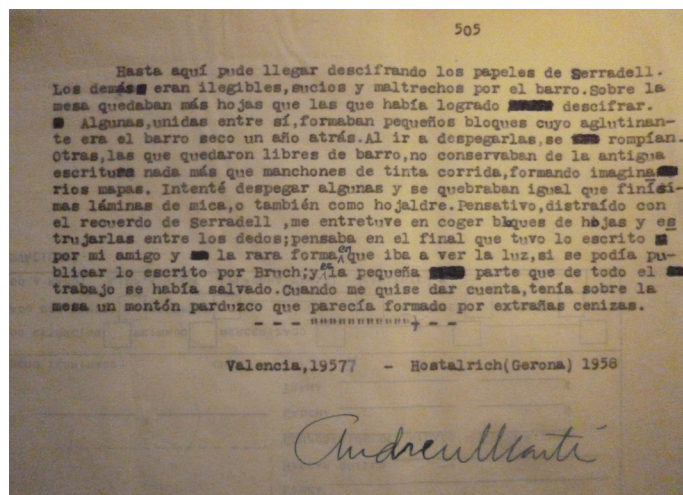


Fig. 6. Última página: fecha y firma del autor, Andreu Martí.

Toma tardía de la palabra, una vez que los hechos y los datos se han difuminado y no queda más que un recuerdo doloroso y estable, que casi se palpa en la conciencia individual. Resulta extraño que se aluda a una redacción efectuada en España, por cuanto las páginas de papel amarillento están escritas, a partir de la 473, en el reverso de las facturas de una tintorería... uruguaya [Fig. 7]. ¿Una casualidad debida a la penuria de materias primas de la España de la década de 1950? ¿Señal de una redacción en el exilio? Un exilio sudamericano, desde luego, porque la máquina de escribir utilizada tenía un teclado español, con la tecla de la letra Ñ. También es cierto que una máquina con teclado español puede llevarse a cualquier parte... Un hilo invisible se ha establecido entre Andreu Martí y yo. Encuentro fortuito de dos desconocidos que hay que resolverse a aceptar, como sea. Y ese vínculo que no he escogido está hecho de memoria.

Fig. 7. Al dorso, factura pre-impresa de SUDAMTEX Uruguay S.A.

Finalmente, paso rápidamente las primeras páginas y, para mi gran sorpresa, no se trata de una historia sobre la Guerra Civil.